

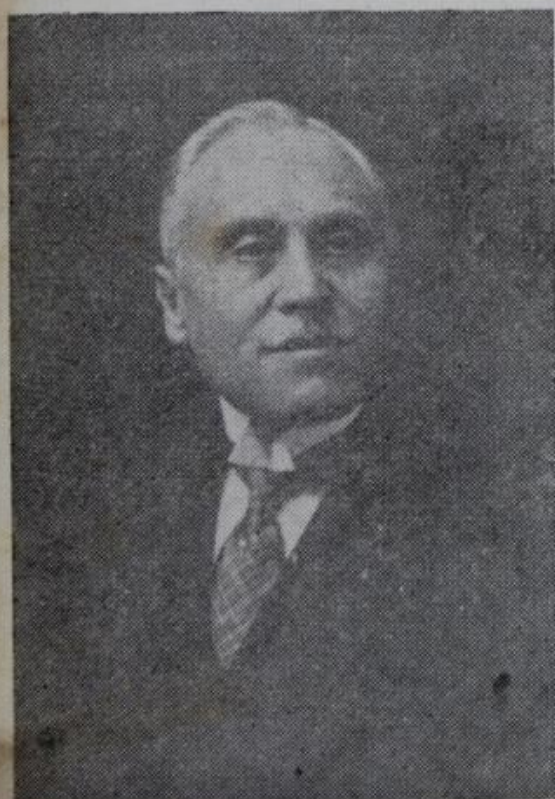
Revista de los Archivos Nacionales

Director: Gral. Jorge Volio

La Historia tiene su majestad augusta: la lisonja la envilece, la mentira la afrenta, sólo la verdad le da vida. - FEDERICO GONZALEZ SUAREZ, Arzobispo de Quito

Publicación bimestral		Distribución gratuita
Año VIII	Mayo y Junio de 1944 San José, Costa Rica, Centroamérica	Nos. 5 y 6

Del sentido de la historia y del valor de la obra de Don Ricardo Fernández Guardia



La REVISTA DE LOS ARCHIVOS NACIONALES fundada en noviembre de 1936 por el insigne historiador Don Ricardo Fernández Guardia, hoy con sobrada justicia, Benemérito de la Patria, se enorgullece como de cosa propia del triunfo espléndido de su fundador y abre las páginas de este número con el estudio que el notable periodista don Francisco María Núñez consagró a la obra entera de Fernández Guardia, en el homenaje que la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica le dedicó con motivo de tan alto honor.

Del honor de investigar.—Cuando yo era un liceista, oí más de una vez este decir: “La Historia es la ciencia de los tontos”. Su motivo habría. Y sí que lo había. Eso de obligar al estudiante a repetir fechas, nombres, hechos, sin darles un sentido de utilidad, de realidad, de vitalidad, resulta cansado e inocuo. De la memoria, como de una pizarra en donde se ha escrito con tiza, un día se borra todo. Nada queda. Nada se aprovecha. Un profesor que así enseña Historia, puede ser un repetidor de páginas de libros, sin aplicar el menor juicio analítico; o simplemente un señor que hace

apuntes en su casa y los lleva a la hora de la lección, en un cuadernillo que lo saca de apuros. La Historia, así concebida, es la ciencia de los tontos. Pero la Historia que es producto de la propia investigación, del análisis, del estudio de sucesos y la apreciación de sus antecedentes y de sus proyecciones; la obra histórica, que es producto del talento, puesto a prueba, tanto como de la paciente labor, no puede ser la ciencia de los tontos. Gracias que las cosas han cambiado.

La Historia deviene hoy día en un sentido entre científico y filosófico de enseñanzas experimentales, de interpretaciones que pretenden, —y, en parte consiguen serlo—, la anticipación o el enjuiciamiento intuitivo de hechos, figuras y trayectorias humanas y sociales. La Historia y la Geografía han tomado nuevos campos. “Mientras la Historia, —dice un autor español—, fue una ciencia de gabinete o sea aquella posible de conocerse con la mera lectura de las producciones de sus cultivadores de todos los tiempos y países, la Geografía necesitó de la investigación material, algo así como lo que los biólogos llaman experiencia *in vivo*. De aquí que la primera, aún siguiendo métodos arcaicos, haya marchado delante de la segunda, con notoria impropiedad, ya que la explicación del fenómeno histórico, requiere precedentemente el conocimiento geográfico, y que la Geografía no se haya desarrollado hasta hoy, en que los modernos progresos discursivos permiten hollar con relativa facilidad todos los horizontes”. Ahora ambas ciencias se preocupan más de las realidades humanas de lo que es vital y es camino hacia el mejoramiento; lo que resulta de inmediata aplicación. Son ciencias útiles.

Comentando el libro de Benedetto Croce: “La Historia como hazaña de la libertad”, un autor se pregunta: ¿qué es la Historia? y, responde Croce: “el acto de comprender y entender inducido por los requerimientos prácticos de la vida. Entonces, agrega aquél, ya no cabe el narrar ni el reflejar lo pasado; hay que comprenderlo, meterse dentro. Aquí es donde la Historia y la Filosofía se dan la mano. La Historia ha dejado de ser hecho muerto, porque se empeña en poner al hombre frente a la realidad. La tesis fundamental de Croce queda en pie; ya hay que volver a la vida. Como dijo un comentarista nuestro, en reciente ocasión. “Todo paso hacia el futuro implica un conocimiento vital” del pretérito, pues en la Historia, pasado, presente y futuro, se disuelven en una unidad vital que es la cultura misma.

La Historia como ciencia que estudia sucesos, épocas y los analiza y profundiza, buscando conclusiones, extrayendo enseñanzas, localizando la verdad y exponiendo a la luz pública los ejemplos dignos de imitarse, los actos reprobables, las acciones que señalan antecedentes para los hombres de gobierno y los que no lo son; las ideas que marcan aminos a los varones capaces de desarrollar nuevas empresas de bien público, o a los que quieren completar las apenas iniciadas; en fin, así vitalizada la Historia, “es la ciencia por excelencia, que enseña cómo se debe vivir y retrata el vivir de los que nos precedieron.”

No concebimos al historiador que no investiga. Hacer historia sin huronear en los archivos, sin ahondar en los pensamientos ajenos, con un interés de acabalar los hechos y establecer comparaciones sin bastantear las acciones con sinceridad y justicia, no puede ser tarea de historiadores.

Cuando, así como queda dicho, se hace Historia, “no habla el corazón, sino la verdad; no habla la simpatía, sino la justicia”. Entonces resulta sobrando todo recurso literario y toda fronda lingüística. La majestad en el tono y la sencillez en el estilo, que pedía otro, serán las características del historiador; la sinceridad y la honestidad, sus bases fundamentales.

El creador de la Historia, Herodoto, relata con sublime candor que lo retrata y distingue. Es el espíritu quien anima una tarea; la que le da expresión y le presta alcances de majestad.

La Historia tiene hoy otro sentido más noble y, más vivo, repetimos. No es simple relato o recuerdo de lo pasado; avisora el porvenir, como decía Jaés Morente. No es frío esqueleto, ni cuerpo inanimado en la mesa de disección; es examen de sucesos, de hombres y de momentos de la humanidad en marcha, que se estudian y ordenan, que se concretan en páginas impresas, para que sirvan como líneas directrices que señalen el porvenir. Es disciplina de cultura. Es labor de estudio del pasado, como base de un futuro de gloria. Más aún, son el pasado y el futuro en función de puentes hacia lo eterno.

2º—*De la Historia.*—Encantado con las narraciones de Homero, concibió Herodoto una forma nueva de la prosa descriptiva: la Historia. Con justicia es llamado padre de la Historia. Verdad es que otros autores, anteriores a él, habían escrito historia, y que a esas lecturas fué muy aficionado Herodoto. Ellos lo movieron a recorrer otras tierras: Asia, Siria, Palestina, Egipto y Libia, para escribir su historia. Su labor fué de rectificación de los errores en que habían incurrido otros: los que escribieron sin conocer el medio, la escena; los que solamente se interesaron por los personajes. Como si en el teatro los personajes fueran lo único y sobrara la exactitud de la escena. El padre de la Historia, estudió, analizó y rectificó.

Conviene hacer resaltar otro hecho en la vida de Herodoto: de regreso a su Grecia, contribuyó a derrocar a un tirano. Los conspiradores que obraban de mala fe, tanta como era la buena fe que ponía Herodoto, entronizaron otra tiranía. No valía la pena deshacerse de una, para entronizar otra y Herodoto, fué culpado injustamente. La injusticia con que se le censuraba, lo obligó a abandonar la patria. Entonces comenzó a escribir sus libros de Historia.

“La Historia que así logró estructurar Herodoto, —dice un comentarista—, tuvo un carácter fundamental, tradicionalista en el prístino sentido de estas palabras, esto es, el nutrirse sin intermediarios de las más antiguas consejas populares. Adoleció, por lo mismo, de los defectos inherentes a esa forma de componer, y, en cambio poseyó las ventajas derivadas.”

El insigne narrador de Halicarnaso, hombre imaginativo, no dispuso de los elementos discriminativos que los más modernos investigadores tuvieron a su alcance, y por eso él mezcla lo legendario y lo exacto; la historia positiva y la fantástica; el mito y la Historia, propiamente dicha. El atractivo mayor de su labor, es la forma poética. Resultó un poeta de la Historia. Miró a los hombres en función de un destino tan alto que se confunde con la realidad.

3º—*De la fama.*—La fama de que disfruta nuestro don Ricardo Fernández Guardia es merecida. Siendo apenas un adolescente comenzó a trabajar con su padre, don León Fernández, en España. La disciplina suya la adoptó el hijo. Andando el tiempo a él correspondió completar la obra que dejara trunca don León. No podemos extendernos en esta recapitulación de la labor de don Ricardo. La resumimos siguiendo un orden cronológico y dejando constancia de que abarca tres aspectos: la obra histórica, la literaria y la que se contrae a la divulgación por medio de las traducciones. Aparte de que él ha servido al país, brillantemente, en la dirección de sus relaciones exteriores, en la diplomacia y en la tarea de prensa.

Historia de Costa Rica.—(Durante la dominación española, 1502-1821). Es el primer libro que edita, en circunstancias harto dolorosas. Apareció en 1889. Recoge la obra que dejara trunca su padre. Don Ricardo lo explica así: "Este libro, que en cumplimiento de un doloroso deber filial he tenido que publicar, es sólo el boceto del que su autor apenas había comenzado. Fué escrito, agrega más adelante, en breves días, y cuando su autor apenas había comenzado sus investigaciones en el Archivo General de Indias, que tan brillantes resultados obtuvieron".

Completó los documentos que llegaban a 1816, haciéndolos llegar hasta 1821. Es un texto que consultamos todos los que, después, hemos seguido esa misma disciplina.

Hojarasca.—Es el primer libro de carácter literario. Apareció en 1894. Modesto el nombre. Un manojo de cuentos, editado en los talleres nacionales. Se aprecia la influencia extranjera en esa primera obra. Reúne excelentes condiciones de narrador, don Ricardo. Sencillo el estilo; corte elegante; diálogo animado, prosa galana y atrayente. Hondo sentido patriótico caracteriza toda su labor. Hace medio siglo, exactamente, se catalogaba como escritor público; sus laureles han reverdecido constantemente. Este libro fué reeditado en 1922 por la Imprenta Trejos.

Cuentos ticos.—Salió el tomo en 1901, de los talleres de doña María viuda de Lines. La segunda edición apareció en 1926 y la imprimió la firma Trejos. Esta tiene prólogo de Joaquín García Monge, que comenta el cuento "Un espadachín", así: "Muy buen cuento. Esta es la tradición literaria que debe loarse y exaltarse; dentro de la manera criolla, descubrir los valores perdurables y universales."

Hay humorismo, paisaje, folklore. Don Ricardo es un cuentista sin pedantería; sin mayores trascendencias ideológicas. Recoge la experiencia de la vida, con el fondo filosófico que hay en ella.

Magdalena.—Circuló en 1902. Es un ensayo dramático que mereció grandes comentarios; no pocas críticas. Un cuadro de costumbres costarricenses, exacto y verdadero. Obra sencilla, de sabor muy local, con tendencia a la naturalidad. No interesó a los costarricenses, a pesar de que recoge "cosas nuestras y tipos nuestros."

Historia de Costa Rica.—(El descubrimiento y la conquista) Lo editó la imprenta Alsina en 1905. Preferimos citar un párrafo del prólogo: "Poca cosa

o nada nuevo hallarán en este libro las personas versadas en la Historia primitiva de Costa Rica, pero por desgracia esto no es el caso de la gran mayoría de los lectores, que de seguro no han tenido la paciencia ni el tiempo necesarios para entregarse al estudio de documentos antiguos que a ella se refieren". Resalta la modestia del autor. Fué de actualidad en 1905 y sigue siéndolo hoy, al cabo de cuarenta años. Pocos saben de estas cosas. Se han hecho cuatro ediciones, la última en 1941, y fué traducida al inglés.

Cartas de Juan Vázquez de Coronado, conquistador de Costa Rica.—Apareció el tomo en 1906. Se trata de una segunda publicación hecha por don Ricardo, a la sazón, Caballero de las Reales Academias Española y de la Historia. Fué editada en Barcelona. Contiene las once cartas descubiertas en el Archivo general de Indias, de Sevilla, por don Manuel María de Feralta, quien las publicó 24 años antes, en el tomo "Costa Rica, Nicaragua y Panamá en el Siglo XVI". Madrid, 1883 exceptuando una que agregó don Ricardo, fechada en 1563, y dirigida al licenciado Martínez Lanchedo. También difiere la colocación, pues aparecen por orden cronológico.

Cartilla Histórica.—La primera edición apareció en 1909. Ha servido, ese tomito, para orientar a muchas generaciones, en cuanto a los estudios de la historia política costarricense. Lo confirma el hecho de que se han agotado seis ediciones: la de 1909, 1916, 1923, 1925, 1930 y 1932, hechas en la Imprenta Lehmann. En el prólogo consigna don Ricardo: "Historia es la relación verídica de los sucesos de la humanidad". Alcanza la última edición hasta la segunda administración del licenciado don Cleto González Víquez; la relación es muy compendiada, pero está al alcance de escolares y colegiales y hasta de los maestros. Pocos libros costarricenses han tenido, como éste, tanta demanda y actualidad. Lástima que se limite a nuestra historia política.

Reseña Histórica de Talamanca.—Editada en la Imprenta Alsina en 1913. Tiene referencias importantes respecto a los viajes del Dr. don Eusebio Figueroa a Talamanca; las anotaciones del Dr. Gabb, que estuvo allá diecisiete meses, en 1873, y rindió un informe el año siguiente; las cinco visitas del Obispo Thiel y la fundación de la Colonia San Bernardo, el 87, con el objeto de evitar el despojo de tierras a los naturales.

La Miniatura.—Editado por García Monge en 1920, es el más pequeño de sus tomos y uno de los más atrayentes. Son cuentos de estilo serio y diálogos sabrosos. La reafirmación de la capacidad de don Ricardo como literato. Una prosa muy siglo XIX; de gran pureza idiomática.

Crónicas coloniales.—Tipografía Trejos, 1921. Veintitrés crónicas, de sabor literario que son también valiosos apuntes históricos. Una magnífica contribución para celebrar el primer centenario de la independencia política de Costa Rica. La principal característica de don Ricardo, a nuestro sentir, es la de ser un gran cronista de la historia.

La guerra de Nicaragua.—(Escrita por el general William Walker). Versión castellana. Editada por doña María viuda de Lines en 1924. Contiene doce capítulos interesantes.

Don Florencio del Castillo en las Cortes de Cádiz.—(Extractos del Diario de Sesiones de 1810 a 1817 y con un esbozo de la obra memorable de la asamblea y apuntes biográficos del representante de Costa Rica.) Imprenta Trejos, 1925.

Se consigna en el tomo: "Este opúsculo debió editarse por cuenta del Gobierno, según decreto legislativo, pero se hizo por contribución pública, porque la forma en que ese decreto fué mandado cumplir por el Poder Ejecutivo, se creyó depresivo para la memoria del prócer del Castillo.

La independencia y otros episodios.—Editado en 1928. Es un aporte admirable a nuestra historia; presentado en estilo de crónicas magníficas. Trece capítulos y un apéndice, que comprende seis capítulos más. Entre otras, exalta la memoria de José Gregorio Ramírez, y cabe agregar que por gestión de don Ricardo, se levantó un monumento en Alajuela, a ese prócer.

Costa Rica en el siglo XIX.—Editado en la Imprenta Gutenberg, en 1929, Recoge este libro los juicios emitidos por nueve viajeros que visitaron nuestro país entre 1825 y 1863. Algunos de esos relatos ya habían sido publicados en cuadernillos, pero la recopilación de todos, permite un conocimiento de lo que era nuestro país en aquella primera etapa, aparte de que esas ediciones parciales estaban agotadas. Allí se aprecia la tarea de traducción, ducción.

Documentos relativos a los movimientos de independencia en el Reino de Guatemala.—La edición se hizo en los talleres tipográficos del Ministerio de Instrucción Pública de la República de El Salvador. Contiene un prólogo del Dr. don Manuel Castro Ramírez, entonces Presidente de la Academia Salvadoreña de la Historia. El señor Fernández Guardia explica que los documentos insertos los recogió su padre, entre 1884 y 1885, en los Archivos de Sevilla, y que unos pocos aparecen en la Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica, pero que los más han permanecido inéditos, hasta esa fecha. Don Ricardo ofreció ese material al Dr. Castro Ramírez. Este recuerda que nuestro historiador propuso otrora: "un esfuerzo centroamericano para estudiar nuestro pasado, analizar la vida en común de estos países, y buscar en España y en América, en los archivos de allá y de aquí, todo el material que necesitamos para levantar la crítica histórica."

La guerra de la Liga y la invasión de Quijano.—Editado en 1934. Se justifica así su publicación: "Con motivo del centenario de la segunda guerra civil llamada de la Liga, se reeditó el relato publicado seis años antes. Nunca se exaltaron las pasiones políticas como en 1835. Se introdujeron variantes en los originales, gracias al hallazgo de buen número de documentos, desconocidos hasta el año 1928 y referentes a los sucesos del 35 y 36 del siglo pasado.

Cosas y gentes de antaño.—Crónicas deliciosas, sugestivas, editadas en 1935. Se publicaron, primero, en los diarios, entre los años 1931 y 33, conforme fueron apareciendo en los Archivos Nacionales los documentos que les dieron origen. Era entonces don Ricardo Director, de esa institución.

a la cual dotó de revista propia, y rodeó de honor, por su gran labor, nunca superada. En ese libro, a veces se aclara un hecho histórico y otras se da a conocer un asunto nuevo. Se corrigen las crónicas que aparecieron en los diarios. El historiador suele incurrir en errores cronológicos, por la premura en el tiempo o por desconocimiento de otros aportes documentales. Por eso debe rectificarse. Estas crónicas se refieren a una época poco estudiada, los años durante los cuales Costa Rica formó parte de la República Federal de Centro América, entre 1825 y 1832.

Diccionario biográfico de Costa Rica.—Apareció este trabajo en 1941, en la Revista de la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica (Entrega N° 1). Por ser de gran utilidad, hacemos la cita. Lo publicado comprende lo que se refiere a la época del descubrimiento y a la de la conquista. Ojalá que logre completar ese diccionario.

Morazán en Costa Rica.—Opúsculo editado en 1941, y que fué la opinión de la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica, sobre los sucesos de 1842, en vísperas del centenario de aquellas efemérides, y que debe tenerse como el punto de vista de Costa Rica. Es la defensa de las actuaciones de nuestros mayores.

Historia de Costa Rica.—(La independencia). La segunda edición apareció en 1941 y salió de los talleres Lehmann. Estudia uno de los períodos más importantes de la vida nacional. Siete jugosas crónicas que se leen con deleite.

Las verdaderas causas de la caída y muerte del General don Francisco Morazán.—Editado en 1924. Es una síntesis histórica de los sucesos memorables de los cinco meses en que acontecieron, la invasión, el gobierno y la caída del General Morazán en 1842.

Morazán en Costa Rica.—Libro publicado por la editorial Lehmann en 1943. Es la recopilación de los artículos publicados en la prensa en 1942, con motivo del centenario de la muerte del General Morazán, sobre su intervención en la política de Costa Rica. Algunos artículos habían aparecido en el tomo "Cosas y Gente de Antaño", otros, dispersos en diarios, revistas y folletos. Y al unirse todos, en un solo tomo, se permitió tener a mano el material sobre una de las épocas más interesantes de la vida de Costa Rica.

Muchas de las obras de don Ricardo Fernández Guardia han sido traducidas a otros idiomas. Todas hablan de su gran capacidad como historiador y de su mantenido afán de servir a la patria. Los elogios huelgan, cuando se presenta una lista tan grande y tan interesante. Su labor ganó el benemeritazgo. Pocos, como él, han enriquecido y honrado tanto la bibliografía nacional.

4º—*Elogio del trabajo.*—De don Ricardo Fernández Guardia hemos dicho, en los primeros días de este año: "El ha desempolvado documentos de los Archivos; ha interpretado momentos históricos, reconstruyendo con la excelencia de su pluma y la elegancia de su prosa, pasajes de nuestra vida

costarricense. Ha hecho historia vivida, hasta matizándola de fantasía, en sus cuentos y crónicas, para hacerla fácil de entender y de conocer de todos. Pero también ha servido al país en la carrera diplomática con una maestría muy singular. Contribuyó a la búsqueda de documentos para esclarecer nuestro problema limítrofe y desarrolló una noble tarea como jefe de los Archivos Nacionales. En todos los menesteres, don Ricardo se desenvuelve, —dicho sea en su honor y en el de la verdad—, con señorío y talento.

Ha pasado el umbral de los setenta años y sigue siendo un joven para eso de enfrentarse al trabajo. Es de los viejos prodigiosos que no descansan, que no duermen, que no se rinden a la amenaza de que habla Ramón Vasconcelos. La crónica le ha señalado un puesto de honor en el mundo de las letras.

Martí describió "Los Héroes", así: "Los que luchan para hacer a los pueblos libres o los que padecen en la pobreza y desgracia para defender una gran verdad". Por extensión, el historiador, cuando lo es de verdad—resulta un héroe. Exaltando el pasado; reconstruyéndolo, poniendo de relieve las figuras representativas, ejemplares de la patria, señala rumbos a los hombres, para que sean libres; hace posible el futuro. El historiador debe rendir culto a la verdad y sacrificarse por ella. Es posible que los hombres que hacen gobierno le aparten como un apestado, cuando deja constancia de un hecho, de una verdad de esas que los políticos quisieran ver ignoradas de la mayoría. Como si pudiera haber algo oculto bajo la faz del sol. Entonces el historiador ha de vivir condenado a la pobreza y el olvido. Pero es pobreza que glorifica, porque la imponen el honor, la verdad; el respeto a sí mismo.

Para mí don Ricardo es ejemplar en todo. Porque, siguiendo el pensamiento de Séneca: "Debiéramos dar como recibimos, con alegría, sin vacilación, porque no hay merced cuando la caridad se nos pega en las manos". Pero dar no significa únicamente poner en manos de otros un mendrugo de pan; algo que permita llenar la necesidad material de vivir; se da también pan espiritual. Un libro, una bella crónica, un aporte histórico. Dar así, a manos llenas como lo ha hecho nuestro don Ricardo, es ser generoso y tener un concepto humano de los términos dar y servir.

El economista, el hombre de estado, ya no puede desarrollar obra perdurable, firme, si no cuenta con el auxilio de la estadística, los Rayos X que le permiten diagnosticar e intentar, con certeza, la terapéutica del mal. Podría ubicarse la tarea del historiador en forma semejante: la lectura de documentos, la apreciación de la época, la reconstrucción de la escena, el deshilar de los factores que concurrieron en cada caso de disección anatómica del suceso, libre de prejuicios, para reconstruir el pasado, sencillamente, sin pasión, sin novelaría; con espíritu de actualización, para su mejor aprovechamiento; usando siempre, el sentido histórico-filosófico. Este sentido, bien dirigido y aplicado, será el que haga posible una labor eficiente.

Vuelvo a Herodoto. Hay un pasaje suyo, en que Candaules, que llevaba la corona del imperio griego, cegado por el enamoramiento de su bella mujer, llama a un guardia privado, de su gran confianza, Gyges, y le pide algo, calificable de impertinente; tanto que obligó a esta réplica: —Qué discurso, señor, es éste, tan poc cuerdo y tan desacertado?

No os retiréis, señores, aplicándome similar comento, en gracia a que he tratado de cumplir la misión que se me confió, si no con buen éxito, sí con verdadera complacencia y alto honor.

San José, 22 de abril de 1944.

Una encuesta del Comité de Coordinación en Costa Rica

Luchamos... por la emancipación de la familia

Existe un orden mundial planeado por Dios—una familia de naciones, en la cual la inmutable ley moral impresa en la razón humana es vínculo de unidad y caridad—una garantía de paz. El Eje procura violar este orden moral del mundo y establecer su propio plan, el que comprende naciones esclavas bajo la dominación de una sola nación que aún a sus propios ciudadanos sólo ofrece esclavitud política.

Este plan del Eje es un ataque directo y violento a nuestra cultura cristiana, contra el cual tenemos que luchar para conservar nuestra herencia social y política. Pueden existir diferencias en los sistemas políticos de las naciones, pero en todas debe haber garantía para las libertades y los derechos humanos inherentes y debieran hacerse esfuerzos sinceros para obtener una paz mundial justa y duradera.

Cuando nos referimos a problemas post-bélicos, debemos no olvidar que hemos de considerar y estudiar estos problemas sobre la base de nuestra propia cultura. No queremos que nuestro patrimonio social y político sea reemplazado y únicamente pedimos a las otras naciones que en su sistema político reconozcan los derechos fundamentales y la solidaridad humana en las relaciones internacionales; que acepten las limitaciones de la autoridad civil que la ley moral impone. No debemos nunca olvidar que una paz mundial justa y duradera deberá aceptar, a manera de prólogo, las éticas cristianas.

1ª—Toda nación histórica debe ser considerada como una persona jurídica, con todos los derechos inherentes de soberanía e independencia. La paz deberá garantizar estos derechos a toda nación, grande o pequeña, fuerte o débil. Los débiles no serán explotados por los más fuertes y aquellas